

The background of the entire page is a grayscale photograph of several hands being held together in a supportive grip. The hands are of different sizes and skin tones, suggesting a diverse group of people. The lighting is soft, highlighting the textures of the skin and the fabric of the sleeves. The overall mood is one of care, unity, and support.

# FJG

FUNDACIÓN JAIME GUZMÁN

## VOLVER A LA FAMILIA

N° 394  
22 DE MAYO 2024

Ideas & Propuestas

## Resumen ejecutivo

**C**onsiderando las recientes declaraciones del Papa Francisco en torno a la “falta de hijos” en el mundo, meditamos en las razones éticas que nos permiten seguir apelando a la familia nuclear como el mejor modelo de sociedad primordial, la que, a pesar de la fuerte oposición que afronta, es depositaria de las mayores esperanzas para cada uno de los que componemos la civilización y nos preocupamos de su devenir.



Foto: actualidad.rt.com

## Volver a la familia

El pasado 10 de mayo, el Papa Francisco ha lanzado otra de sus sonadas frases, argumentando que “no faltan perros y gatos, faltan hijos”<sup>[1]</sup>. Ha sido en el contexto de la cuarta edición de los “Estados Generales de la Natalidad”, evento patrocinado por la Santa Sede con el objeto de crear conciencia en los Estados y sociedades de una tendencia deplorable que, si no en Europa, es norma ya en casi todo Occidente desde las últimas décadas: el sostenido descenso de la natalidad.

---

[1] Cfr. “El Papa defiende a los niños como fuente de esperanza: «No faltan perros y gatos, faltan hijos»”. En: <https://tinyurl.com/zwkajn8r>. Revisado en 22 de mayo de 2024.

En anteriores ediciones, el pontífice había señalado con frases similares esta idea, las que de seguro han generado incomodidad entre aquellos que en nuestro tiempo usan para sus mascotas el término de “hijos”, en un sentido que va más allá de lo alegórico. La frase del Papa viene a poner el dedo en la llaga en un asunto que enoja a muchos, de izquierda a derecha, a pesar de parecer insostenible apenas se miran las cifras desde un punto de vista matemático, demográfico o económico; y tanto más si lo consideramos desde su faceta trascendente. De hecho, Francisco no ha vacilado en sindicarlo al consumismo y al materialismo como razón de esta “pérdida progresiva de la esperanza”<sup>2</sup>.

No es menor esta apelación a la falta de esperanza cuando el contrargumento suele referirnos a la responsabilidad. De hecho, no es extraño oír en conversaciones cotidianas a quienes han concluido que su contribución en salvar a un mundo contaminado y sobrexplotado, que camina así a su destrucción, pasa por no engendrar. Otros manifiestan temor de traer hijos al mundo considerando la maldad hoy atestiguada. Así, en medio de sociedades que irremediablemente envejecen y viven cada vez más años, sin tener forma de poder asegurar una vida digna a todos esos pensionados presentes y futuros, muchos de ellos desprovistos de solidaridad familiar que los cobije, parece estarse gestando un panorama silenciosamente distópico, muy distinto al de proyecciones como las del filme *“Cuando el destino nos alcance”* (1973), acerca de la sobrepoblación para el año 2022.

---

[2] Ídem.

Efectivamente, hay más de una señal que revela que vivimos tiempos donde, como sociedad, estamos mostrando claros signos de habernos cansado de lidiar con nosotros mismos, en cuanto seres humanos. Las horas diarias destinadas al contacto desde la virtualidad o la esperanza que ponen unos en la automatización de los medios productivos, soslayando que la reinversión laboral no avanza al mismo ritmo, mientras que otros esperan en una libre inmigración universal, obviando los graves conflictos que subyacen a la multiculturalidad, parecen formas de evadir esta cuestión cuando su solución se halla más cerca; si bien suele ser caricaturizada por los convencidos antinatalistas como una irracional e irresponsable fascinación enfocada exclusivamente en la procreación, sin considerar los medios de manutención y el desarrollo posterior del ser humano.

Es preciso mirar más allá de las voces que, para librarnos de lo que nos presentan como la restauración social del rigorismo religioso y patriarcal, asumen aires de un inquisidor violentado en sus derechos.

Precisamente, apelar una vez más al concepto de familia, no sólo nos libera de las odiosas caricaturas, sino también de contestar con una respuesta estrictamente numérica o biológica, porque en el seno mismo de su existencia como institución, se exige una serie de condiciones previas que permiten que la gestación y crianza de los hijos sea protegida y eficaz, en relación de causa y efecto.

Hay más de una evidencia de cómo, en el devenir histórico e incluso antes del Cristianismo, un importante número de civilizaciones y culturas —hasta las que permitieron la poligamia y otras uniones— caminaron



Foto: unsplash.com

hacia la conclusión de que la familia nuclear, constituida por el eje de un varón y una mujer, era el mejor sistema para administrar la subsistencia, protección, nutrición y formación, no sólo de los más pequeños, sino de todos sus integrantes. Baste citar el caso de la antigua Roma.

Ciertamente, las creencias han procurado revestir de santidad y pureza a una realidad social que no siempre puede vivir en esa esfera, porque la familia ha sido siempre una realidad a la intemperie de las circunstancias e ideas de su tiempo y con nosotros eso no es mejor. Particularmente, el Cristianismo, con su propuesta de un Padre que llama a todos a vivir como sus hijos por medio de Cristo, ha enfatizado dentro de la familia los deberes del amor, más allá del sometimiento a los deseos de un cónyuge, o de una obligación legal o libremente pactada entre ellos para con su descendencia. Precisamente, este llamado cristiano parece condecirse plenamente con esa búsqueda interior de

ternura, coincidencia, intimidad, complicidad, pertenencia y fidelidad que nos son tan anheladas, que completan la vida humana y que, definitivamente, no se conocen y consiguen ni en la soledad ni al abrigo de una masa despersonalizada, sin rostro.

De hecho, el enojo virulento de muchos a esta apelación por la familia radica en las experiencias biográficas. La familia vivida como trauma, debe ser percibida y considerada como una realidad más que anecdótica, sobre todo cuando en épocas del pasado reciente, dinámicas como las del refrán *“los trapos sucios se lavan en casa”* generaban situaciones imposibles de resolver, salvo a costa de un silencioso costo pagado por uno o varios miembros del núcleo. En una América Latina marcada por el sentido de orfandad desde los días de la Conquista no puede reducirse esta realidad y sus efectos a una mera situación de “irregularidad”.

Sin embargo, ni el mayor de los dolores propios es argumento suficiente para desacreditar los casos que, tampoco de forma anecdótica, han mostrado y demostrado a la familia como un bien. Y a este respecto, cabe apelar al concepto de “esperanza”, sobre todo cuando el trauma de una experiencia familiar pasada es vivido como la angustia interior de volver a replicarlo.

En una época castigada por la desconfianza que nos produce el crimen organizado, la falta de un código común con que los grupos políticos puedan llegar a acuerdos, parece ser que la esperanza recae una vez más en lo elemental, en el “tú y yo” que genera la confianza entre dos, la que no sólo entrega ese dinamismo asociativo a la sociedad, sino que, para el caso de la familia, es la más genera esa misma sociedad. Sin embargo, ello también

requiere buscar la manera de liberarse de aquellas creencias deterministas de estar condenados a replicar las malas maneras y decisiones de nuestros predecesores.

Otro elemento con el que parecemos estar tropezando es la incompatibilidad efectiva o supuesta de la consecución de las metas personales con la fundación de una familia. Esta tendencia ya no puede atribuirse en exclusiva a las generaciones jóvenes y no parece exagerado decir que van jubilando las primeras cohortes que masivamente han vivido de este modo.

Efectivamente, las razones de índole económica y laboral han sido y son obstáculos reales para el devenir familiar. Estos últimos años, los índices económicos del país no parecen más que “desincentivar una inversión” de esta naturaleza en materias tales como la adquisición de vivienda. Por otro lado, la búsqueda de integración laboral femenina no parece haber llevado a una redistribución de los roles domésticos —no decimos meramente tareas— con el varón, sino más bien a una subrogación general de deberes parentales en la escuela, el *after school*, en una empleada doméstica o los abuelos; y esto sólo en los casos que pueden permitirse alguna de las anteriores, pudiendo suponerse la carencia dentro de muchos miembros de familias de forma, pero no de fondo.

No deben ahorrarse esfuerzos políticos en atender a estas situaciones, bajo la premisa de que estas no pueden entenderse éticamente como meros daños colaterales del funcionamiento de una maquinaria, pues se supone que ésta es y debe servir al beneficio de los que parece estar perjudicando, y que las soluciones que presente como autoridad no



deben anular la capacidad de decidir que las familias poseen y que las distingue como primer ente social.

Sin embargo, por encima de las constantes dificultades materiales, que cambiarán de forma pero prometen estar siempre allí, vemos la misma inexperiencia vital posmoderna que achacamos hoy en día a la esfera de los que toman decisiones por el bien de todos. Hemos alentado la construcción de proyectos de vida individuales hasta cierto punto “totalitarios”, un programa de puntos ineludibles que, siendo así, no sólo no hay nada para ceder, sino tampoco nada que ofrecerle gratuitamente como don al Otro, pieza clave del amor y casi prerrequisito de toda confianza seria.

A este respecto, la apuesta familiar sigue siendo un desafío a siempre mirar más allá de nosotros mismos, cuestión tan vital la última, pero que llámesele vicio, debilidad o pecado, siempre su exceso ha traído consigo gérmenes de autodestrucción. La necesidad de que mi bien se juegue en el bien de los que me rodean no se aprende en la clase de Educación Cívica que el Estado imparta o no: se vive al cuidado de un hermano más pequeño, ante una mamá o un papá enfermos o que llegan cansados del trabajo. Ciertamente, es la primera fuente educativa que nos libera del individualismo y hace de nuestro ser individual el *zoon politikón* y un poco más; sobre todo cuando somos reprendidos, pero también cuando sobre nosotros se ejerce una inmerecida pero tan aliviadora misericordia, de la que no aprendemos en ningún tribunal civil.

Es evidente que es más fácil lidiar (¿manipular?) con seres que manifiestan un grado menor de inteligencia y que no poseen estrictamente



Foto: unsplash.com

voluntad como los animales. Es aún más cierto que no son aislados los casos en que los hombres han engendrado por las razones equivocadas, habitualmente conducidos de su propio egoísmo. Nada de ello obsta el hecho de que la vida, que es siempre “a pesar de”, deba ser afirmada racionalmente y reivindicada como un bien con consecuencias éticas; sobre todo frente al nihilismo colectivo que a veces desde el dato objetivo y no pocas veces con un velo cuasirreligioso, pretende persuadirnos de que “ya no hay nada que esperar”.

Es preciso volver a la familia. No a la perfecta “familia feliz” que, posiblemente no haya sido más que el reflejo de nuestros buenos deseos y, en el mejor de los casos, una fotografía de nuestros mejores instantes de armonía como grupo primordial. Es preciso volver a esa familia que, con sus bemoles y corcheas de temperamentos, mañas e irrepetibles particularidades, logra, a pesar de todo, mantenerse fiel a sí misma, a los valores permanentes.

El mundo actual, incluso en sus facetas más frías y utilitarias, necesita desesperadamente que recuperemos campo, que tratemos de tejer lazos que vuelvan a darnos valentía moral y solidez social, llegando a ser capaces de creer, de tener esperanza en que podemos darle a una nueva generación un espacio de cobijo donde no sientan ni sintamos que el mundo les es (nos es) ajeno.

# FJG

FUNDACIÓN JAIME GUZMÁN

[www.fjguzman.cl](http://www.fjguzman.cl)

 @FundacionJaimeGuzmanE  @fundacionjaimeguzman  @FundJaimeGuzman

Capullo 2240 - Providencia, Santiago | Tel: (56 2) 2940 1100